

Luigi Nono

1924-1990

por

Leni Alexander

Conocí a Luigi Nono en abril del año 1954, en París. Alguien me lo presentó durante un concierto de los "Domaine Musicale", donde Hermann Scherchen, quien había sido su profesor de composición, dirigiría próximamente una obra de Nono. De este encuentro surgió una amistad que duró treinta y seis años, hasta su muerte. Mis estudios en el Conservatorio de París con Olivier Messiaen habían recién terminado, iba a viajar a Italia en los próximos días. Nono me invitó a su casa en Venecia, en aquella época él vivía aún en casa de su padre, un ingeniero de mucho prestigio. Luigi me esperaba en la estación de Mestre, el terminal del ferrocarril que llega a Venecia. Desde lejos divisé su figura alta y delgada, su pelo negro, crespo, sus rasgos finos que hacían recordar las pinturas venecianas del siglo XVII. En seguida, un "vaporetto" nos llevó a su casa, situada en el barrio de la Accademia, frente a la iglesia "della Salute". Era una casa grande, espaciosa. Me llevó a su sala de trabajo, repitiendo una y otra vez: "no pises, no pises, anda con cuidado". En la semiobscuridad, las persianas estaban cerradas a causa del sol del mediodía, vi el piso cubierto con hojas de música; la tinta gruesa y muy negra que él usaba recién estaba secándose. Era la partitura de su obra "La Victoria de Guernica", obra que debía haber estado lista hacía tres semanas para su estreno por Scherchen, a quien la obra estaba dedicada. Nono me explicó rápidamente su obra porque debíamos ir al ensayo de Bruno Maderna en el Teatro La Fenice, donde éste dirigiría esa misma noche un concierto con obras de Webern. Nono admiraba profundamente a Maderna, quien también había sido su maestro.

Aunque vi a Luigi muchas veces en el transcurso de los próximos años, pensando ahora en él, después de haber recibido la noticia de su muerte, como también aquellas semanas siguientes que pasamos juntos, esos han sido los momentos que más se grabaron en mi memoria. Es por ello que ahora tengo el deseo de hablar sobre algunos recuerdos personales, recuerdos de amistad, que en estos momentos siento más cercanos, además de nuestra relación como de "colegas".

Más tarde volvimos a encontrarnos en los cursos de verano en Darmstadt donde Luigi, quien hablaba el alemán perfectamente, daba cursos de composición sobre la "Música comprometida", puesto que él era un importante miembro del Partido Comunista italiano, y porque pensaba que en la actualidad sólo una música con contenido ideológico tiene verdadero sentido. En varias ocasiones tuvimos violentas discusiones, las que temporalmente nos llevaron a un alejamiento. Peleas terribles hubo en un encuentro en el Festival de Música de Zagreb, en Yugoslavia, en el que se tocaron obras de Nono y más. Más tarde, nuevamente en Venecia hubo nuevos reencuentros muy amistosos. Nono se

Revista Musical Chilena, Año XLIV, enero-junio, 1990, N° 173, pp. 118-119

había casado con Nuria, hija de Schönberg, y tenía dos hijas, Silvia y Bastiana, a las que amaba profundamente. Vivía en una casa muy amplia en la Giudecca, el barrio obrero de Venecia, donde trabajaba y se reunía con los amigos durante largas comidas y amenas conversaciones. Quizá fue en esos años cuando conocí a Luigi profundamente, a través de su vida familiar y nuestras extensas conversaciones sobre música. En 1967 vino a Chile con toda su familia por algunas semanas, la mayor parte del tiempo sus hijas se quedaron junto a mi hijo y a la "Nana", en nuestra casa.

Los últimos días de su vida los compartí con Nono entre Venecia, su ciudad natal, y Freiburg, en Alemania, donde él había fundado un Instituto de Música Electrónica y dictaba clases de composición. Dos o tres años antes de su muerte nos encontramos por casualidad en el Grand Palais, durante la exposición de Pintura Latino-Americana. En el primer momento, cuando se paró frente a mí, casi no lo reconocí. Se veía como un hombre muy joven, habiendo pasado ya los sesenta años. Tenía el cabello muy negro, tal como lo había visto por primera vez tantos años atrás. Parecía feliz y maravillado por la impresionante exposición. Cuando nos habíamos encontrado la última vez lucía una cabellera completamente blanca. "Sí, me estoy transformando, vuelvo hacia el comienzo de mi existencia", parecía decirme con una sonrisa feliz y orgullosa, gracias a su transformación.

Luigi fue siempre fiel a sí mismo, tal como Shakespeare le hace decir a Laertes en "Hamlet". Fiel a sus ideas políticas y a sus ideales como artista: dos caminos en la vida que él no separaba y que fueron su razón de ser. La última vez que lo vi fue el año pasado, caminaba solo, absorto, por una calle de Berlín. Lo vi desde la vereda del frente, él miraba el suelo. No lo llamé.